

EN PUNTO



llegado con una cierta esperanza popular. Onganía recogió el apoyo de los peronistas y también el de los sindicatos —enorme grupo de presión, no tan fuerte como el de los militares, pero con el que es preciso contar, como hay que contar con la Iglesia: la primera entrevista de Lanusse ha sido con el cardenal primado—, a los que mantuvo a pesar de haber disuelto el Parlamento y los partidos políticos. Onganía apareció con un rostro de unificador. Del Ejército, de las minipiniones políticas, de las clases sociales. Pronto se vio que no estaba capacitado para ello, o que no conseguía vencer las dificultades naturales. Su imagen se ha ido deteriorando sin cesar y, como pasa siempre, cuando una imagen de doctrina política se deteriora debe sucederle una imagen de dictadura personal, de dominio y de fuerza. Onganía la trabajaba a la manera clásica, aludiendo a los «enemigos del exterior», a las «conspiraciones organizadas desde más allá de las fronteras», con tal fe en estas fórmulas sobrepasadas que incluso llegó a utilizarlas para explicar el rapto de Aramburu, en un momento en que las acusaciones contra peronistas, «montoneros» o «vallistas» —los «montoneros» fueron, en el siglo XIX, los federalistas que se opusieron a los centralistas; los «vallistas» son los supuestos seguidores del general Valle, fusilado en los primeros días de la presidencia de Aramburu— no podían prender. Su último rasgo de fuerza ha sido el intento de destitución de Lanusse, intento que no ha tenido más que unos minutos de vigencia. Aún intentó resistir por la fuerza, utilizando las condiciones de fortín que había dado a la Casa Rosada —el palacio presidencial— para cuando llegara un momento como éste, pero la decisión de los jefes de los tres Ejércitos y la defección de su guardia personal hicieron inútil el conato de resistencia.

Los primeros momentos de un golpe de Estado son siempre confusos, incluso deliberadamente confusos. No es, por lo tanto, posible predecir lo que ha de pasar en la Argentina. El aspecto del golpe de Estado es conservador y continuista; se dice que Lanusse sólo ocupará la Presidencia durante diez días y que después se elegirá «a un ciudadano», sin que nadie acabe de saber si, en este caso, ciudadano puede ser sinónimo de civil. Las revelaciones que puedan hacerse en torno a Aramburu, incluso su desaparición —una noticia sin confirmar anunciando que iba a ser «liberado» puede formar parte de la técnica del golpe de Estado, pero también de la del contragolpe—, pueden ser importantes en la modificación de los acontecimientos. Se habla también en Buenos Aires de un regreso a la normalidad —elecciones, parlamentarismo, partidos—, pero estos términos no parecen estar incluidos en el comunicado militar, ni siquiera insinuados. La posición que tome Perón —o los peronistas—, la que adopten los sindicatos, puede ser decisiva. Lo que puede afirmarse con toda seguridad es que, mientras no se resuelvan las graves contradicciones económicas y sociales del país, ningún régimen podrá parecer estable, y estará continuamente sometido a revisión.

Indochina

LA GUERRA SE PROLONGA

La entrada en Camboya de tropas tailandesas eleva a por lo menos siete los grupos combatientes en este país, que acaba de incorporarse a la lista de los más desgraciados del mundo: tailandeses, vietnamitas del Sur, vietnamitas del Norte, laosianos, norteamericanos, camboyanos partidarios de Lon Nol y camboyanos partidarios de Norodom Sihanuk. La confusión es impresionante. Los «objetivos de guerra» de la operación americana, que ha desencadenado este caos, no aparecen por ningún sitio. A pesar de las declaraciones de Nixon anunciando que «los objetivos militares han sido alcanzados ya», la realidad es que la operación se hizo suponiendo que en Camboya estaba el cuartel general del Vietcong y el grueso principal de sus

fuerzas, y estos elementos no han aparecido. La operación, en cambio, ha producido los siguientes desastres: anarquía en Camboya, anulación de las conferencias de paz en París, proyectos de estabilización del Sudeste asiático y mayor ruptura en el frente interior de los Estados Unidos. La idea nixoniana de que la operación aproximaría el final de la guerra al obligar a Hanoi a hacer nuevas concesiones, parece invertida; Hanoi —y el Vietcong y China— considera que esta ampliación de frentes es perjudicial para el enemigo, que el tiempo es su aliado y que, por el contrario, debe hacer lo posible para que Estados Unidos se metan cada vez más en lo que se ha llamado «el avispero asiático».

Racismo en Suiza

LA CONDICION DE LOS TRABAJADORES EXTRANJEROS

Ni siquiera Suiza, país de cuatro lenguas, república federal con cantones muy definidos, país internacionalista, tierra de exilios y de inmigraciones, puede resistirse al ramalazo nacionalista de nuestros días. El domingo pasado se ha votado por referéndum sobre un censo de 1.600.000 electores —las mujeres no tienen derecho a voto— una propuesta para reducir progresivamente el cupo de trabajadores extranjeros: ha sido derrotada, pero el porcentaje de sufragios favorable a tal medida es lo suficiente como para alarmar y sospechar de un considerable racismo. Tal vez si las mujeres hubiesen votado la propuesta hubiese vencido. La idea partía del diputado independiente Schwarzenbach, que ha sido el mismo trabajador en el extranjero —en Alemania— antes de convertirse en historiador y editor. Schwarzenbach denunciaba «la influencia demográfica y económica extranjera» que supone la existencia de cerca de un millón de obreros extranjeros, y proponía que se alige-

rara en por lo menos 300.000, realizando un reparto de mano de obra que no excediera en ningún caso al 10 por ciento de la población activa en cada cantón. El problema que planteaba esta idea era el de un posible hundimiento de la industria suiza, sostenida principalmente por la mano de obra extranjera, que en algunos ramos sobrepasa el 50 por ciento de la plantilla obrera, y en otros se aproxima. Esta razón ha prevalecido y ha llevado a las urnas a un número poco habitual de votantes, cerca del 75 por ciento del censo (habitualmente, las abstenciones son muy fuertes y pocas veces se alcanza el 50 por ciento). Puede decirse que lo que ha triunfado es el sentido conservador de la economía y no un rechazo del racismo. Las minorías de trabajadores extranjeros en Suiza —entre los cuales hay un considerable número de españoles— se quejan de que tanto su vida privada como su condición de trabajadores dista mucho de estar integrada en la comunidad suiza para la que trabajan.

Oriente Medio

LA GUERRA DE LOS TRES AÑOS

Fue un excelente hallazgo propagandístico el del término «guerra de los seis días» para denominar la campaña victoriosa de Dayan sobre los países árabes: seis días

de destroz del enemigo y de ocupación de territorios. Pero la realidad es que esas operaciones comenzaron una guerra que no ha terminado: se conmemora ahora su